

EL ULTIMO ROADE (1).

POR DON BENITO VICETTO.



Atenodoro cayó de rodillas á los pies de Aurea.

I.

EL DESFILADERO DE LAS PIAS.

Un viento helado azota mi rostro incesantemente, y las nieblas ascendiendo del fondo del valle de Angeriz como las oscilantes espirales de humo de un gran incendio, van disipándose con lentitud á los primeros rayos del sol, que iluminan centelleantes las calcáreas rocas de Carelle.

De tiempo en tiempo, entre las sinuosidades peñascosas del camino, apenas trazado entre las breñas, brezos y urce de las pendientes del Bocelo, surgen de repente á mi vista esas gratas enramadas de castaños y nogales, y esas suaves florestas de acacias y fabdica, entre cuyos troncos crecen las amapolas, y la fatídica pero aromática zarza-rosa, predilecta flor de mi alma.

(1) Esta tradicion pertenece al *Album de un viaje por Galicia*, que se halla escribiendo el autor.

SEGUNDA SERIE. — 1879.

Al percibirlas mis ojos saliendo de entre el velo de vapores que suben de las profundidades del valle, el aura errante de aquellas asperézas me trae su delicada esencia en sus alas misteriosas, y á las impresiones desagradables de la temperatura, suceden las armonías inefables del espíritu al encontrar los perfumes á que parece identificarse.

Aves de caprichoso plumage, bañadas con las encendidas tintas del iris, pasan en torno de mi frente con la rapidez de un recuerdo amante que no puede definirse completamente; y alguna que otra vez hiere mi oído y mi alma su canto débil, melancólico y apagado como las primeras y trémulas notas de mi amor primero, hundido entre las densas brumas del pasado.

Cuando llego á una eminencia para descender luego á una profundidad, siguiendo siempre los ángulos de la senda por los perpendiculares flancos de estas montañas elevadas, tiendo la vista en torno con avidez porque me creo en las regiones del águila; y entonces el horizonte aunque menos limitado, no me permite, sin embargo, distinguir pueblo alguno en lontananza; y solo veo chozas, iglesias, árboles y ríos, diseminado todo entre los revueltos pliegues

del terreno, según el sistema de población anejo á su estructura geológica ó á su riqueza territorial.

El espíritu parece agrandarse en esas contemplaciones; el sentimiento parece desprenderse de la tierra y flotar en una región tan cerca del cielo, Dios, como de la humanidad, oro; la imaginación se representa las ciudades entre los flotantes celajes de caprichosas formas que descansan en los rotos obeliscos de las montañas mas lejanas, y cerniéndose el pensamiento sobre los hombres y las cosas, compara aquella vida febril y bulliciosa de los grandes centros de población, en donde el individuo ni vive para sí ni para los demás, con la vida uniforme, pura y tranquila de estas comarcas rurales, donde el hombre vive en la naturaleza, bajo el azul purísimo de la divinidad.

Lejos de todo ruido mundano que da al corazón una vida artificial; aquí, sin otras armonías que las de los torrentes que se desatan en plateada y vívida espuma á mis plantas, y sin otras emociones deliciosas que las de los paisajes medio velados por los ondulantes giros de las nieblas, aquí es donde el alma se refresca del cieno inmundo de las pasiones que la conmovieron hondamente en su peregrinación social.

Nunca me identifiqué mas al Hacedor que cuando me hallo en la soledad de estas alturas de mi país natal; así como el espacio se pierde en lo infinito, así el pensamiento se desvanece en Dios: esencia espiritual que se abisma y se disipa en su amor como un rayo perdido de luz artificial que de repente converge y se absorbe en el foco luminoso y engendrador de la luz natural, el sol.

Estas oraciones mudas, intuitivas, sin nombre; estas fruiciones amantes é ingénitas del espíritu que, ó se comprenden por una sencilla idea ó no se comprenden jamás, suelen abstraer mi alma en contemplaciones profundas, que quedan en estas alturas como sueños cuya revelación atraen el sarcasmo, pero que dejan impresiones imperecederas de balsámica influencia.

Al descender á las profundidades del valle, al ver las chozas, al ver las gentes, mas parece adherirse entonces el corazón á lo terrenal: el alma ha exhalado ya todo el perfume de su espiritualidad en mil suspiros de amor divino, y flor sin aroma, va á vivir con sus colores en el *parterre* de la vida social.

He llegado al desfiladero de las Pías, cadena de montañas que se desprende de la del Bocelo, y me sorprenden las sinuosidades imponentes y pintorescas de su estructura, que abarca mi pupila con afán y fijan mi pensamiento con emoción.

Las moles gigantescas de sus montañas pizarrosas, quebradas irregularmente como para dar paso á un río caudaloso, y no al mezquino que se retuerce oscuramente en el fondo de sus abismos, presentan unos flancos estériles, pero cubiertos de espesas capas de nieve que brilla chispeante á los horizontales rayos del sol como inmensos mantos de tisú de plata, sembrados de fina argentería. Muchos peñascos de granito de una forma especial, y colocados en desordenados grupos á manera de las piedras vacilantes de los monumentos célticos, aparecen como fantásticas prominencias de nieve prontas á rodar al río al menor impulso del huracán, semejante á los aludes que descienden continuamente de las altas crestas de aquellas montañas; y los témpanos colgantes que tornasola la luz del sol, parece que

orlan sus figuras con rosetones de rubíes y perlas, calados con lágrimas de oro.

Aquel desfiladero casi siempre nevado, presenta una particularidad que escitó desde luego mi atención: es la ermita de Nuestra Señora de las Pías, un santuario negro, lúgubre como una tumba de crespon, enclavado en un paisaje rico de luz por la refracción vivísima de la nieve, cuya alba luz ostenta su pristina, su inmaculada belleza.

La situación de esta ermita la pone al abrigo de los copos que descienden frecuentemente, como un rocío de menudísimas y blancas hojas de rosa.

Está situada en una cortadura de la pendiente titánica de un monte, y se destaca religiosamente sobre el verde fondo que le sirve de marco; avanzadas rocas le hacen bóveda á una altura admirable, y sus témpanos, sus orlas aéreas, forman un pabellón luciente de cristalizaciones ó estaláctitas lujosas, que irradian rojos y violados destellos entre las ondas diáfanas de la atmósfera.

Esta ermita tan sencilla como triste, tan pobre como pintoresca en las apartadas montañas en que figura, no fué levantada por la piedad y la devoción de sus habitantes: su erección es una historia de amores; su fábrica una tumba.

Levantemos la losa funeraria..... leed.

II.

EL COUSO DE ROADE.

Cuando se va de Fojado ó de Grijalva al monasterio de Sobrado de los Monges por aquel ancho camino sombreado de castaños, que desde la feria de las Cruces se extiende como un soto prolongado hasta la pintoresca laguna de San Pedro da Porta, donde nace el río Tambre, el viajero no echa de ver una magnífica quinta que deja á la izquierda, hasta que sube á los montes del Bocelo.

Entonces, al registrar el territorio desde su altura, se sorprende de dejar atrás y casi orilla del camino por donde pasó, aquel caserío blanquísimo, con balcones de hierro y vidrieras verdes, cuyo bellissimo aspecto tanto disiente del de la generalidad de las humildes casas, que constituyen la morada de nuestros *highlands*, ó gallegos rurales.

Por de pronto no comprende aquella falta de percepción inmediata, hasta que se fija en la elevada cerca que tiene la quinta al lado del camino, y en las frondosas copas de los árboles que la coronan con su espeso ramaje.

Además, su situación es tan poética en el declive que forma el terreno para dar paso á dos ó tres arroyos abundantes que se deslizan murmuradores bajo sus elegantes balcones, entre los cabelludos sauces que crecen sobre sus ondas cristalinas, que el viajero no puede menos de hacerse justicia.

Esta quinta, pues, tiene su historia aneja á las vicisitudes de los tiempos. Casi la historia del país puede leerse en las transformaciones que sufrió.

En los primitivos tiempos, durante la organización de las parcialidades caláicas, fué un *lugo* ó bosque sagrado, donde los tamariscos ó *praesamarci* adoraban con festines y danzas en los plenilunios al Dios innominado, al Dios instintivo, al Dios que se siente y no se ve como el aroma de las flores, al Dios primero de todas las sociedades y al Dios último; al divino Creador en fin.

Mas tarde los celtas fundaron uno de sus monumentos religiosos en medio de aquel *luco*, dedicado á su *endo*, y le dejaron al sitio un nombre puramente céltico, *Carn-Road* (1).

En pos de los celtas vinieron los griegos, y allí, cerca del nacimiento del Tambre ó *Tamarici*, segun Plinio, donde está hoy la quinta, levantaron una estatua de Hércules, labrando las piedras *tembrantes del dólmén*.

Los fenicios suceden á los griegos, segun nuestros datos, y derriban la estatua, construyen una gran cerca, y crían ganados que conducian despues á la antigua *Brigantium*, explotando de esta manera la riqueza pecuaria de nuestras montañas.

Los cartagineses continúan la explotación...

Los romanos, menos *ingleses* que los fenicios y los cartagineses, acumulan las piedras de la cerca sobre la colina cónica de la quinta, y el *castrorum* *Road* se redondea en el espacio.

Llegan los suevos y el castro se transforma en un reduto, cuya valla ó vallado circular era formado con palos clavados en tierra y trabados entre sí: esta fortaleza se llamó entonces *clausuræ Road*.

El árabe atraviesa el Tambre, y la fortaleza sueva de Road se transforma en una atalaya.

Nuestros montañeses sacuden el yugo tiránico del mahometano, y derriban la atalaya: el mas valiente de estos montañeses se llamaba Gro de Road.

Progresan con nuevas victorias la reconquista del territorio despues de la toma de Lugo, en la que Gro de Road batalló contra los moros al lado de Alfonso I el Católico, por lo cual el rey le hizo donacion de las tierras en que habia nacido, y funda sobre las ruinas arabescas de la atalaya un mal torreón de piedra berroqueña, al que llamó desde entonces *el Couso de Road*.

Llega el siglo IX, los Roades toman parte en la sublevación de Galicia contra Alfonso III de Asturias, dirigida por el conde de la Limia Alta, don Froila, cuya sublevación coincide con la de otro conde don Froila, astur, y descendiente de reyes, que obligaba al joven monarca á refugiarse en Alava.—El conde don Froila, astur, es degollado en el mismo alcázar de Oviedo por rivalidades de los suyos; el conde don Froila, caláico, es ahogado en el lago de la Limia tambien por los suyos, y los Roades, metidos en esta conjuración, proclaman por rey de Galicia al conde Hermerildo de los brigantinos. Los hermanos del conde de la Limia Alta, Senracino y Vitila Dorna, anhelando vengar su trágica muerte capitanean el horrible y tenebroso bando de los *incendiarios del alba* (2), y como los Roades tomaron parte contra *Dorna el Sangriento*, dos de ellos murieron abrasados en el Couso. Un Road, joven doncel, se libra de sufrir la muerte de su padre y de su tío, y lidia en favor de las huestes de Alfonso III, que libre de sus enemigos de Asturias, avanzó sobre Galicia, y hollando el nuevo trono caláico recompensa espléndidamente al joven Road haciéndole rico-home del reino. El Couso volvió á enseñorearse otra vez en el espacio formado de piedra de

sillería, con puente levadizo, fosos y respetables almenas.

Llega el siglo XI, los Roades fieles al rey de Galicia don García I, prisionero en el castillo de Melid por su hermano Alfonso VI de Leon, luchan por su corona en la jornada de Qsara (1), y el conde don Fernando de Borrajeiros, contrario á este movimiento, arrasa el castillo de Road y confisca sus tierras.

A principios del siglo XII un hidalgo de Road volvió á levantar el torreón solariego de su estirpe, del cual y de los bienes que le eran anejos, le dió posesion el emperador Alfonso VII por haberse distinguido honrosamente en la toma de Ubeda y Baeza, mandándole que adoptase esta leyenda en su blason, que era ya muy antigua en el pais.

*Entre os nobres de mais fama
mais honore é mais puranza,
praza á un Road si chama
con ó conto da sua lanza.*

En el siglo XIII el Couso fué derribado por disposicion de sus señores, pareciéndoles mezquino, y sobre sus escombros levantaron un fuerte castillo, flanqueado por cuatro torreones elevados.

En el siglo XIV los caballeros de Road fueron investidos de la dignidad de condes por el rey Enrique II el Bastardo, si bien antes se titulaban ya así; y ellos en honor de su opulencia señorial levantaron una gran torre de homenaje en el centro, y en agradecimiento al cielo reedificaron el monasterio de Sobrado de los Monges, dotándolo esplendorosamente y haciéndolo Escorial de aquella raza de bizarros paladines que tanto hicieron temblar á los moros de Granada y Sevilla.

En el siglo XV, la revolucion popular que ensangrentó el pais por muchos años, llega hasta los muros del castillo de Road, y la téa y la espiocha del hermano de Galicia, derriban aquella fortaleza aristocrática de las orillas del Tambre, en ocasion en que sus señores sucumbian delante de los torreones de Málaga acaudillando parte de los gallegos que libraron al ejército de los reyes Católicos de caer en las garras de Hamet el Zegrí (2).

En el siglo XVI, Alfonso Vilarino de Grijalva, de la segunda rama de los Roades, entra en posesion de la hacienda, pero no del título, y funda con los sillares del castillo un palacio ó caseron con balcones y balastradas de piedra, rodeando las tierras de labor contiguas con una gran muralla que aun existe.

A mediados del siglo XVII, un nieto de Alfonso Vilarino Grijalva de Road, despues de desempeñar por muchos años un cargo importante en Méjico en servicio de sus reyes, regresa á su hogar con muchas riquezas, y al reparar el antiguo y maledificado palacio lo derriba de una vez y forma una casa elegante y de buen gusto, como hoy se ve en aquellas frescas praderas.

Tales fueron las vicisitudes ó trasformaciones porque han pasado las piedras del Couso de Road.

Quisiéramos tambien escribir la historia de aquellos es-

(1) Voces enteramente célticas, segun la Historia de Galicia del señor Vereá y Aguiar.

(2) *Os Lumieiros da alborada* en nuestras notas. Estas venganzas horribles constituyen la cuarta parte de nuestra obra *El Lago de la Limia*.

(1) Véase los detalles en la cuarta parte de *Rogin Rojal*, crónica caballeresca del siglo XI, edicion de Madrid.

(2) «Los gallegos fueron los que libraron al ejército de los reyes Católicos que iba á sitiár á Málaga, de la celada que tenia puesta el sanguinario Hamet el Zegrí, tomando un cerro muy escabroso que defendian los moros, durando la lucha mas de seis horas.»—Washington Irving, Crónica de Granada.

forzados guerreros, pero la tradicion que hoy nos hemos propuesto referir, no comprende mas que al último eslabon de aquella cadena de nobles varones.

III.

EL PAÑUELO Y EL CLAVEL.

Victor, Evaristo, José, Vilariño de Grijalva y Roade, hijo del buen comendador de Isabel la Católica Carlos Vilariño de Grijalva y Roade, era á principios de este siglo el legítimo poseedor de la casa solariega de los Roades y de todas sus haciendas.

Victor era hombre de mas de cincuenta años, viudo, y sin mas parientes ni deudos que su único hijo Atenodoro, jóven de veinte y dos abriles.

Victor habia sido marino, y desesperado de que no se hiciera cuanto él creia que debia hacerse para la preponderancia de nuestra armada, se retiró de capitan de fragata á los pocos dias del combate de Trafalgar, aquel dichosísimo combate naval en que perdimos nuestros mejores navios por defender á los franceses, sin que los de estos entraran en fuego, gracias á la sublime táctica del almirante Villeneuve.

En su quinta se creia feliz, y unas veces educaba á su hijo con toda la severidad cruel de un marino que trata con un grumete, y otras veces —escentricidades de la vida de mar,— dándole sus mejores puros y hablándole picarescamente de las niñas mas amables de Mellid ó de Mezonzo.

Atenodoro crecia robusto y gentil, y cuando hacia algunas escursiones á las ciudades de la costa para ilustrarse con el trato social y los mil y un estudios á que su buen padre queria que se dedicase á la vez, Victor se moria de fastidio sin él; le suplicaba que regresara pronto, y Atenodoro acabó por sacrificarlo todo al cariño paternal.

—No importa que no estudies, —le dijo un dia su padre— tú no necesitas estudiar. Un Roade nunca se morirá de hambre, ni en sus haciendas ni en la corte. Gracias á Dios poseemos mas rentas que un grande de España. Yo ya doblé el cabo de Buena Esperanza, —aludia á sus cincuenta años— para entrar en el golfo de las Yeguas; y tú bordeas ahora el cabo Gandul para hacer rumbo al golfo de las Damas; pues bien, sea todo por Dios, que aunque cargue el sudoeste con fuerza jamás encontrará á un Roade sin tener bien provista de víveres la bodega de nuestro Couso.

Atenodoro se encogió de hombros: encontró razonable aquel discurso; y hoy cazando por Angeriz con Fierabrás, hermoso perro de presa, mañana corriendo un caballo por Armental, pasado pescando anguilas en la laguna del Tambre, y siempre comiendo bien y saludado con respeto por todos, creyó que no se podia aspirar á mas en este mundo.

Pero llegó el amor... llegó esa época de la vida en que esta pasion, apoderándose del corazon del hombre, todo lo trastorna, decidiendo de su porvenir, blanco ó negro,

Atenodoro fué como siempre á la fiesta de Nuestra Señora del Cármen, en Mellid, villa recostada al otro lado del Boelo, y corte de todas aquellas parroquias que se desparrraman por las orillas del Tambre, del Iso, del Ulla, del Furelos, de la Mera y del Pambre; y á la romería concur-

riera aquel año (1807) la mayor parte de la nobleza del pais que tenia sus haciendas en aquellas regiones.

Los labradores formaron sus corros de *muiñeira* en el campo donde está situada la capilla; pero entre los mas notables se distinguia el del rico gaitero Cayo de la Gándara, famoso porque ninguno tocaba mejor que él aquel baile provincial, y ninguno reunia en su círculo mas acaudaladas y hermosas *vinculeiras* ni mas garridos y opulentos labradores.

Atenodoro, acompañado siempre de su inseparable Fierabrás, formó fila tambien entre los admiradores de los bailarines del corro de la Gándara, y no cesaba de mirar y remirar á las bellas niñas que volteaban sofocadamente su vistosísima pañoleta de grana, entre las cuales le tenia enteramente absorto Aurea, la hija del maestro de escuela de la villa.

Cada vez que el jóven Roade encontraba los ojos de aquella belleza de ojos azules y blondos cabellos, recogidos á la espalda con un lazo color de rosa, se ponía mas encarnado que la pañoleta de ella, y se estremecía de rubor como si hubiera hecho una cosa vergonzosa.

Aurea por su parte le miraba tambien muy amenudo, pero vivamente; así que el jóven padecia..... pero padecia ese malestar delicioso que el hombre sensible y amante pierde cuando pierde la virginidad de su alma.

Un jóven labrador, Ibon de Grandal, muy conocido ya por su genio irascible y pendenciero, así como por sus conquistas amorosas en las *foliadas del magosto*, era el compañero de baile de Aurea, y como llevaba mucho tiempo danzando con ella sin consentir que lo relevase nadie, Atenodoro experimentaba suma antipatía hacia aquel hombre, antipatía que no podia ocultar cada vez que lo miraba.

Esta tuvo ocasion de declararse mas ostensiblemente.

En una de las vueltas de la *muiñeira*, de ese baile que nos dejaron los griegos como un recuerdo imperecedero de su dominacion, y no el que se baila adulteradamente en los teatros de Madrid con el nombre de *gallegada*, Ibon, de espaldas á Atenodoro, le pisó involuntariamente.

—¡A la cuadra! gritó con viveza Atenodoro dándole un empuellon hacia el corro.

—¡Atrás los mirones! contestó Ibon sin volver la cabeza y sin alterar el contrapaso.

Pero al tocarle dar frente á Atenodoro, Ibon lo miró para reconocerlo, y aquellas dos miradas parecieron repeleerse por dos corrientes de odio.

Las mugeres nunca pierden nada de esos detalles, y Aurea se estremeció como si presintiera una desgracia.

A los pocos minutos Aurea se retiró como si estuviera cansada ya, y fué á ponerse al lado de Atenodoro, y lo mismo fué retirarse la niña que Ibon se acercó á ella, á pesar de haber entrado otra labradora jóven y bella á reemplazarla.

Cuando Atenodoro vió á Aurea delante de él, volvieron á redoblar sus estremecimientos. Quiso hablarle... y no encontró palabras ni fuerzas para ello.

No hacia mas que mirarla ó acariciar á Fierabrás.

Pero cuando vió á Ibon acercársele, sus estremecimientos fueron de pena y de furor, provocándolo con sus miradas cada vez que Ibon de Grandal le miraba de soslayo al dirigirse tiernamente á Aurea.

—Hoy te has cansado pronto, le dijo Ibon á la niña.

—Tiempo hay de bailar hasta la noche, contestó ella volviendo la cabeza para mirar á Atenodoro como si fuera al acaso.

—Cuidado, dijo el mozo receloso de aquella mirada, que no bailarás con nadie mas que conmigo, ni yo tampoco con otra. Vé que así lo prometiste delante de tu padre, Aurea.

—Pero... y aunque faltara á mi promesa, ¿qué importa eso, Ibon?

—¡Diablo! ¡no! ¡no! prorumpió Ibon, ¡no lo consentiré!

Atenodoro tuvo impulsos de pedirle una muiñeira á la niña, para provocar mas directamente á Ibon; pero él la bailaba muy mal.

—¿Cómo sudo, Aurea! volvió á decir Ibon, dame tu pañuelo para enjugarme la frente....

—No, contestó Aurea, me lo vas á mojar todo, y despues....

—¿Y despues qué? le preguntó Ibon áasperamente.

—Que me quedo sin ninguno, concluyó Aurea sonriendo.

Ibon no supo qué partido tomar á aquella repulsa; como á Atenodoro, le empezaban á zumbar los oídos de celos, de coraje, se quedó un momento perplejo mirando fijamente á Aurea, la cual parecia absorta en el baile de los demas.

—Tome usted un pañuelo para limpiarse, dijo por fin Atenodoro á Ibon con ironía.

Y le presentó el suyo.

—Gracias... mil gracias... tartamudeó Ibon lenta, pero sombríamente: no me faltan pañuelos.

Y sacó uno de su bolsillo enjugándose el rostro, mas bien maquinalmente que con intencion.

Hubo algunos instantes de silencio, durante los cuales se diria que Ibon se pasaba la mano por la frente como para apartar ideas que le atormentaran, y no enjugarse el sudor que le corria con abundancia.

Ibon concluyó, dobló su pañuelo y lo guardó.

—Si tanto hueles ese clavel, Aurea, habló por fin Ibon, cuando llegue á mis manos vendrá amarillo ya.

Era un magnífico clavel blanco que tenia la niña en la mano, y que parecia una rosa de thé.

—Eso le dará mas mérito, contestó Aurea, si esta flor se aprecia no por ella, sino por mí.

Ibon se mordió los labios de despecho, no encontrando una razon que oponer á aquella delicadeza de Aurea.

Atenodoro por el contrario, sentia una satisfaccion que le embargaba.

—Dentro de poco ya no olerá nada, balbuceó Ibon con los ojos bajos como si hablara consigo mismo.

—No faltará quien lo encuentre grato y oloroso, contestó Aurea.

Y miró para Atenodoro, pero rápidamente.

Ibon apretó las manos y se las metió en los bolsillos con un movimiento demasiado vivo de disgusto.

—¡Siempre me enfadarás hoy, Aurea! exclamó pausadamente.

Aurea no contestó nada, y Fierabrás ladró dos ó tres veces.

—¿Por qué no me das esa flor, si yo la....

—Luego... luego... le interrumpió Aurea con viveza, sin dejarle concluir.

Fierabrás volvió á ladrar, é Ibon se separó refunfuñando.

Al verlo marcharse, Atenodoro volvió á sentirse mas perplejo y mas trémulo de placer.

Aurea tambien estaba trémula.

Atenodoro esperó á que volviera la cabeza para pedirle aquel hermoso clavel, pero esperó en vano.

Entonces, no queriendo desperdiciar una ocasion tan crítica, tomó fuerzas y le dijo á Aurea débilmente:

—¿Me haceis el favor de darme esa preciosa flor?

Aurea volvió la cabeza...

Atenodoro no pudo soportar su mirada celestial... y bajó los ojos confuso.

—No puedo, señor; oyó que ella le decia.

Y Atenodoro se quedó pálido como el clavel, con los ojos fijos en Fierabrás que le lamia la mano que él pretendia tener sobre su cabeza.

Aurea cambió en seguida de sitio.

—Señorito, le dijo una labradora de Resemil que conocia á Atenodoro, si la hija del señor maestro de escuela se va á casar con Ibon de Grandal ¿por qué le pedís la flor que lleva?

—No lo sabia, contestó Atenodoro cándidamente.

Y se retiró de aquel corro, seguido de Fierabrás.

IV.

LA DANZA CALAICA.

Atenodoro fué otro desde aquellos instantes.

En aquellas dos horas que pasara en el corro de Gándara, su organizacion vigorosa y uniforme se trasformara en una organizacion delicada y esquisita, en que las oscilaciones del sentimiento lo preocupaban enteramente.

Su alma se abria á la vida de la pasion como el naciente cáliz de la flor á los primeros rayos del sol, y sus emanaciones de sensibilidad sofocaban todo pensamiento de su cerebro que no perteneciera esclusivamente á Aurea ó á Ibon de Grandal.

Pálido y trémulo aun por la negativa de la hija del maestro de escuela de la villa, Atenodoro quiso huir por el pronto de aquellos lugares y no ver á persona alguna. Herido en el corazon por la primera vez de su vida, anhelaba la soledad para disipar en su benéfica calma las amarguras de su espíritu.

Conforme iba saliendo del campo en que se celebraba la romería nada veia, nada le interesaba, como si abismado en profundas reflexiones fuera todo mezquino en torno de él.

En su distraccion amorosa, se encontró arrodillado al poco tiempo dentro de la iglesia de Nuestra Señora del Cármen, con Fierabrás acostado delante de él.

¿Cómo entrara allí Atenodoro? El mismo no os pudiera contestar.

Allí estaba, y allí estaba de rodillas como el mas ardiente devoto, con los ojos en la Virgen, y las manos plegadas en el pecho, sin embargo de que ni sus labios murmuraban ninguna oracion, ni su frente vibraba de intelectualidad piadosa.

Asi permaneció algun tiempo en un estado de éxtasis que el cielo debió perdonarle, en su infinita bondad, porque aquel éxtasis pertenecia mas bien á la tierra.

De pronto una mano se posa suavemente sobre sus hom-

bro, y oyó estas palabras, pronunciadas con una voz de ángel:

—Mamá... aquí está Atenodoro...

El último Roade volvió la cabeza vivamente, y vió de tás de sí la deslumbrante belleza de Macrina, que era la que lo denunciaba á su madre, la marquesa de Quirós.

Atenodoro se levantó y saludó con respeto á las dos señoras, que le preguntaron con mucho interés por el viejo marino, *dulcificado* en las aguas del Tambre.

Pasadas las primeras palabras de cumplido, la marquesa de Quirós exigió de Atenodoro que las acompañara á la romería despues de orar á la Virgen, y Atenodoro no pudo evadirse de esta galantería.

Macrina era una de esas bellezas completas, de formas desarrolladas, blanca, con ojos azules y rubias trenzas. Su esterioridad impresionaba, pero su trato era lánguido y frío como el de una alemana, escepto en esos momentos de expansion en que mas bien se manifestaba la niña que la muger.

Adherida siempre á su madre desde que naciera, estaba acostumbrada á sofocar en su pecho todas sus emociones, y á no manifestar otras que las que conmovieran á aquella, pues la marquesa tenia un carácter tan despótico que hasta su misma hija era víctima de su altanería.

Bajo la presion característica de su madre, Macrina estaba acostumbrada desde su infancia á no *sentir* sino lo que ella sentia, á no *pensar* sino lo que ella pensaba.

Si algun objeto llamaba su atencion, no abandonaba su alma á las impresiones que le inspiraba naturalmente aquel objeto, sino que su primer movimiento era mirar á su madre, y entonces, si esta se sonreía, Macrina se sonreía, y si esta se enojaba, Macrina fruncia tambien las cejas y adoptaba un ceño adusto que daba á su fisonomía una espresion de dureza desagradable.

La marquera se felicitaba de esta educacion rigidísima que *automatizaba*, por decirlo así, el alma de Macrina, y solia decir con satisfaccion á sus estóridos admiradores: «que la felicidad de sentirse reproducir en sus hijos, era la mayor de las felicidades.»

¡Qué demencia!

Macrina y Atenodoro estaban acostumbrados á verse desde niños, porque la marquesa venia todos los veranos con ella á sus haciendas del Tambre, y el trato de los dos jóvenes habia sido enteramente fraternal. Pero cuando Atenodoro, hallándose solo con Macrina en alguna floresta, habia querido tomarse ciertas licencias puramente infantiles con ella, la niña siempre lo contenia con estas temibles palabras que pronunciaba con estremecimientos de terror:

—Quietos, Atenodoro... estáte quieto; ¡si me viera mamá!

Era, pues, Macrina una *cosa*, no una *persona*; un ser sin voluntad, sin sentimiento..... porque su alma estaba ahogada, comprimida dentro de la cárcel de su cuerpo, sin poderse manifestar de otro modo que por las inspiraciones rudas, severas é irracionales de su madre, hasta en las cosas mas inocentes y triviales.

Una belleza así, era, pues, imposible que *atravesase* ni á un talento ni á un necio. Atenodoro la miraba por lo mismo sin emocion alguna, pero el vulgo la admiraba creyendo que no podia darse una muger mas elevadamente hermosa é inteligente.

Así que su aparicion en la romería parecia tener algo

de celestial para nuestros montañeses; y como Macrina iba ademas ataviada lujosamente con un vestido de seda azul claro, ella que era tan blanca y rubia, evidenciaba una de esas deslumbradoras creencias de nuestras fantasías caláicas.

Los hombres casi todos se descubrieron, agitando respetuosamente sus monteras.

Las mugeres dejaron oír ese murmullo de admiracion que rasga las ondas del aire y parece arremolinarse sobre uno con un arrullo pesado y sofocante.

Macrina, que iba delante, se detuvo y miró á su madre.

La marquesa, que sentia aquella ovacion en el fondo de su alma, sonrió con benevolencia, adelantándose hasta el corro del gaitero de la Gándara, y entonces Macrina se sonrió tambien dulcemente.

Atenodoro las seguia sin emocion, naturalmente, como su perro le seguia á él, pero iba encendido como la grana, buscando con los ojos furtivamente el semblante de Aurea, aquel semblante cien mil veces mas espresivo que el de Macrina y el de todos los ángeles, aquel rostro que le infundia una impresion tal de vergüenza, de placer y de adoracion á la vez que el mísero jóven no sabia definir; mudo de sorpresa, mudo de emocion, mudo de sentimiento.

Por una de esas casualidades que parecen hijas de una providencia superior, la marquesa de Quirós se detuvo en el arco del corro al lado de Aurea, de modo que Macrina avanzó hasta junto á su madre, colocándose al otro, y Atenodoro se quedó detrás de Aurea y de la orgullosa aristócrata.

Atenodoro, que aun no habia visto á Aurea sino con los ojos del alma porque temia mirarla sin ruborizarse ó palidecer, cambiaba algunas palabras con Macrina por detrás de su madre, y esto que en él era un pretexto para evitar impresiones que lo arrebatában, fué interpretado de distinto modo por la hija del maestro de escuela, pues creyó ver dos amantes donde no habia mas que dos amigos.

Esta creencia de Aurea contrajo la espresion de su semblante, traduciendo una sensacion lastimosa.... ni de envidia, ni de celos..... una de esas impresiones dolorosas en que la muger que las demuestra parece lamentarse de algo..... algo que le falta para elevarse hasta el cielo social, donde brilla otra espléndidamente.

Aurea, pues, no separaba los ojos de Macrina, con la cabeza algo inclinada hácia el suelo, de modo que la electricidad tristísima de su mirada parecia ir de abajo arriba, como una súplica muda pero elocuentísima.

En esta actitud la sorprendió Atenodoro, mirando de repente para ella, y el jóven sintió una opresion en el pecho, una angustia, un malestar que titubeó al contestar á una pregunta frívola de Macrina.

La marquesa volvió la cabeza en aquel instante.

—¡Cómo, Atenodoro!... os quedais atrás... ¡poneos á mi lado!

Atenodoro no pudo menos de obedecer á esta insinuacion semi-cortés, semi-imperiosa de la marquesa, y se adelantó hasta ella, quedando colocado al lado de Aurea.

El infeliz jóven en contacto lateral con la hija del maestro de escuela, ni sabia si estaba en el cielo ni en el infierno, gozaba y sufría á la vez, y por todo el oro del mundo no abandonaría su puesto, sin embargo de la sobreexcitacion que lo poseía.

En aquellos momentos, otro noble rancio de las montañas, el conde de Lanzós, se acercó á saludar á la marquesa, y como Macrina se viniera al lado de Atenodoro para dejarle su sitio, Atenodoro se hizo atrás, de modo que Macrina quedó al lado de Aurea.

Persistimos en estos detalles de colocacion, porque ellos influyeron en las peripecias de nuestro drama.

Como desde la aparicion de la marquesa y de su hija cesara de tocar el gaitero, no tanto por respeto como por saludaria, pues habia sido su colono, y como quiera que en este intermedio se hubieran acercado mas hidalgos é hidalgos á aquel corro, propuso el conde de Lanzós á la marquesa que, ya que estaba de tan buen humor, pues aquella tarde sonreia á todo, viendo á su hija al lado del joven Roade, se bailase la danza provincial entre los nobles é hidalgos que se hallaban en aquel sitio.

La marquesa accedió, hizo una señal al de la Gándara para que tocara, y empujó á Atenodoro al medio del círculo.

El joven que no sabia rehusar nada á las personas mayores, y máxime aquella tarde que estaba tan aturdido, se quedó en medio del corro encendido como una cereza, sin saber si seria peor bailar, aunque apenas sabia, que desairar de una manera tan pública á una señora tan respetable.

Empezó, pues, la gaita y el tamboril á tocar esa danza especial de nuestras montañas, impropriadamente llamada *muñeira*, y que tiene un origen enteramente griego.

«En esta danza el hombre se presenta primero bailando solo en medio del corro, y luego, sin perder compás, hace una sumision hincando una rodilla delante de la joven que escoge para su pareja, como hacian los griegos: esta baila con la mayor compostura y pudor en todos sus pasos y giros, al mismo tiempo que el hombre apura una multitud de figuras y movimientos variados, pues esta danza admite la de todos. Los que, sin ser gallegos, hayan visto los contrapases de las Mariñas, y á las ribeiranas del Avia y del Miño, no pueden menos de confesar que este baile es tan alegre como el fandango, y gracioso y amoroso como el bolero. Y en los campos, en las romerías, en las tardes de fiesta es constante esta diversion al son alegre de la gaita, instrumento antiquísimo, variándose todos los años sus composiciones musicales. Es verdad que ahora en algunos parages bailan las mugeres de paso alto, dejando aquella rigurosa modestia que representaba la hermosura de la virtud antigua. Puede ser esta danza de origen griego, y tambien céltico, pues yo la supongo tan antigua como la misma gaita (1).»

Al oír, pues, Atenodoro los ruidosos ecos del instrumento montañés, toda su sangre empezó á hervir como si fuera á desvanecérsele la cabeza... le pareció que una nube se le interponia entre sus ojos y los objetos... sintió en sus oídos un murmullo confuso y atormentador, y como un hombre que necesita hacer un esfuerzo supremo para dominar una situacion demasiado violenta, Atenodoro reunió todas sus fuerzas y empezó á agitar los brazos y las piernas como Dios le dió á entender.

Atenodoro tenia cierta gracia natural en sus movimientos, ese don especial con que Dios sella á las criaturas, que ni hay maestro que lo dé ni desgracia que lo borre si-

no la muerte. Gracias á esta circunstancia y á seguir perfectamente el compás, Atenodoro dió dos ó tres vueltas al corro, bailando con tanta precision y desenvoltura al parecer, que se hubiera dicho que estaba ejercitado á bailar la danza desde mucho tiempo.

Todos, nobles y montañeses, damas y labradoras, no desviaban los ojos del último Roade, y como el compás de la música es muy vivo y en el *paseo* se baila mas con los brazos y la cabeza que con los pies, cuyos movimientos graduados y caprichosos lucia ignorándolo el infeliz joven, todos esperaban con ansia que hiciese el *punto* y lo hiciese delante de la joven que habia de sacar de pareja.

Esto no se hizo esperar mucho. Atenodoro se colocó en medio del corro, frente de Aurea y Macrina, y empezó á trenzar las piernas con tanta maestría coreográfica como el mejor britano en el baile inglés.

Los ojos del último Roade, llenos de amante espresion, parecian devorar las gracias de Aurea, y como las dos jóvenes estaban unidas, no parecia determinado aun á cual de las dos dedicaba el *punto* y pedia en baile, pues si bien su vista insinuaba á Aurea cómo podria creerse que ésta seria la elegida estando á su lado la hija de la señora marquesa?

Habia, pues, un sentimiento de ansiedad por parte de todos, así nobles como montañeses, ante aquel misterio, y todos esperaban el momento en que el joven hincara la rodilla delante de su elegida.

Llegó este momento...

Llegó este momento y Atenodoro cayó de rodillas á los pies de Aurea... y de súbito, lo mismo fué hacer esta demostracion, las dos jóvenes, Aurea y Macrina, ambas impulsadas por una misma fuerza de atraccion salieron bailando, creyéndose cada cual la elegida.

Esto originó un murmullo de sorpresa que recorrió todo el círculo, y las dos bellezas se detuvieron sorprendidas.

—¡Cómo!—esclamó la marquesa de Quirós sofocada, y dirigiéndose á Aurea—¡cómo! bailar tú con un Roade que se arrodilla ante mi hija!

Aurea bajó los ojos confundida.

El corro apoyó las palabras de la marquesa con un murmullo de indignacion contra Aurea.

Atenodoro estaba perplejo...

—Señora, baluceó Aurea, perdonadme... yo habia creído que el señorito de Roade se habia arrodillado ante mí, sacándome á bailar.

La marquesa soltó una carcajada sarcástica, que repitió su hija como si fuera su eco, y que repitieron instantáneamente todos los del corro, así nobles como montañeses.

—Estas plebeyas, prosiguió la marquesa con una ironía irritante, sueñan siempre con los nobles, interpretando cualquier movimiento en su favor: y si Dios no lo remedia llegará dia en que quieran *igualarse* á nosotros!

Atenodoro sudaba á mares, sin poder hablar... le ahogaba la ira contra la marquesa porque ultrajaba á Aurea tan cruelmente.

Estuvo por gritar:—«Si, señora: yo la saqué á ella y no á vuestra hija!» pero los labios parecian negarse á obedecer á su pensamiento, á su alma.

Aurea se retiró al aro del círculo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, corrida, enteramente abochornada.

Entre las risas y silbidos de los que la ridiculizaban so-

(1) Historia de Galicia.—Verea y Aguiar.

bresalian los de Ibon de Grandal, atormentado de celos.

La marquesa hizo una seña al gaitero de la Gándara para que continuara tocando la danza...

Entonces... entonces fué cuando no pudiendo sufrir mas el último Roade, se acercó á la marquesa y le dijo en *alla voz*:

—Perdonadme, señora marquesa: estoy malo y me retiro á mi aldea.

Y saludándola cortesmente salió con rapidez del corro.

—¡Cómo!... esperad... esperad... ¡Atenodoro! gritó la marquesa al jóven, violentamente herida por aquella desercion incalificable.

Pero Atenodoro ya distaba mucho y no la oía.

Solo oyó unos ladridos lastimosos de Fierabrás.

Atenodoro volvió la cabeza y vió á su perro que avanzaba hacía él, perseguido por Ibon de Grandal que le había dado una pedrada.

Atenodoro esperó al atleta.

Pero al ver el atleta la actitud resuelta de Atenodoro, volvió la espalda como si tal cosa.

—¡Miserable, balbuceó Atenodoro para sí, te vengas en mi perro porque no puedes vengarte en mí! ¡Oh! tú me las pagarás por villano, ya que en estos momentos no puedo castigarte!

Y seguido de Fierabrás, que iba algo cojo, llegó con la misma precipitacion á la casa donde dejara la yegua que lo condujera á Mellid.

Una vez allí, montó sobre el albardón sin detenerse en cosa alguna, y tomó el camino de Resemil que era el que atravesando la cadena del Bocelo, conducía á las pendientes de San Pedro da Porta.

(Se continuará.)

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA MUERTE DE BAYARDO.

I.

Una guerra sangrienta estaba, hacia largo tiempo, empuñada entre el rey de Francia, Francisco I, y el emperador Carlos V de Alemania y primer rey de aquel nombre en España. La causa de esta prolongada lucha, bien funesta á la Europa, no fué otra que el haberse disputado ambos contendientes la eleccion al imperio de Alemania, vacante por el fallecimiento de Maximiliano I, y como la eleccion habia sido favorable á Carlos V, á pesar de la concurrencia de Francisco I, de aqui la rivalidad de este soberano, cuyo génio emprendedor y caballeresco le habia de llevar bien pronto al campo de batalla. Estalló la guerra, favorable en un principio á los franceses, que conquistaron la Navarra, arrojaron á los imperiales de la Picardía, obtuvieron algunas ventajas en Italia y sobre todo alcanzaron un triunfo bien sensible para los españoles, cual fué apoderarse de la

importante plaza de Fuenterrabía. Pero á principios del año de 1521, ya los asuntos de la Francia empezaron á empeorarse, y de pérdida en pérdida se vió bien pronto desposeida de las plazas de la península, y de Milan, Cremona, Génova y una gran parte de la Italia. Acaudillaba entonces los ejércitos de el rey de Francia el almirante Guillermo Bonnavet, muy favorecido por el monarca, cuya confianza completa obtuvo en otro tiempo; mas desde que pasó á Italia, la suerte le fué tan adversa y cometió tales faltas en la defensa del Milanesado, que el rey Francisco I resolvió confiar el mando, ó mas bien la salvacion del ejército, á otro general, y para esta delicada empresa fijó su atencion y depositó toda su confianza en el caballero Bayardo.

Pedro de Terrail es conocido con el nombre de *Bayardo*, por haber nacido en el castillo de Bayard, cerca de Grenoble, y no solo en el reinado de Francisco I sino en otros anteriores se habia distinguido por su valor, su inteligencia y su espíritu caballeresco; pero en ninguna circunstancia tanto como en la batalla de Marignan, donde peleando al lado de su rey, decidió á su favor la victoria con sus acertadas disposiciones y su valor á toda prueba. Como ya habia hecho por dos veces la campaña de Italia, donde habia tomado á Brescia y donde habia defendido el puente del Garigliano, el solo contra todo un ejército, la eleccion de Bayardo fué aplaudida por toda la Francia, en la que renació la esperanza, viendo al frente del ejército de Italia al guerrero ilustre, émulo de los héroes de la antigüedad, y á quien se llamaba comunmente *el Caballero sin miedo y sin mancilla*.

II.

Correspondió bien pronto Bayardo á lo que de él podia esperarse, y á él fué debida la salvacion del ejército de Italia. Tenfale comprometido Bonnavet, que despues de haber pasado el Tesino, se creia asegurado entre este río y el Sesia; pero se habian combinado para su persecucion los tres mas importantes generales del emperador, como el marqués de Pescara, Lanoy y el condestable de Borbon, éste último hasta enemigo personal de Bonnavet, que era el protegido por la reina madre, con quien Borbon estaba enemistado y por la que abandonando el partido de la Francia, habia pasado á militar en las filas del emperador. Habian alcanzado los imperiales á los franceses cerca de Romagnano y trataban de cortarles la retirada; pero Bonnavet se atrevió á esperar y confiado en su ventajosa posicion, protegido por el río, esperaba el éxito del combate; pero de improviso una extraña confusion se introduce en todo el campo

—¡A las armas! ¡Ahí estan los españoles! son los gritos que se oyen por todas partes y que anuncian bien pronto al general, que los enemigos sin reparar en obstáculos, pasan el río para acometerle. Pero él no quiere dar crédito á lo que oye, y para juzgar por sí mismo, sale y se dirige á una altura vecina, desde la que se domina la corriente del río, y distingue con efecto, á pesar de la distancia, unos puntos negros que se deslizan de una á otra orilla. Eran los españoles que cansados del camino, cubiertos de sudor y de polvo, se lanzaban sin titubear al río y pasaban como sabuesos á la otra orilla, donde les esperaba Bonnavet, con quien tenian que ajustar cuentas atrasadas desde la toma de Fuenterrabía.